

¿Existe una filosofía adventista del deporte?

En este mundo, la competencia es un hecho inevitable. Desde la guardería hasta el hogar de ancianos, ya sea en política, negocios, estudios, deportes o incluso en el diálogo de todos los días, los seres humanos compiten entre sí. Competimos por las calificaciones, por un empleo, posición social, amistad, dinero y poder; también competimos para ganar en los deportes. Durante siglos se han debatido las virtudes y vicios de la competencia, y aun hoy, encontramos expertos que buscan determinar si la competencia es beneficiosa o perjudicial.

Los numerosos beneficios que se obtienen de los deportes han quedado bien documentados: el desarrollo de las habilidades físicas, las lecciones de virtud, el desarrollo del carácter, la autodisciplina, el trabajo en equipo, la confianza propia y la cooperación, entre otros. Cuando se practican correctamente, los deportes pueden brindar una experiencia placentera y beneficiosa. El gozo de colaborar con otros jugadores hacia un objetivo compartido, en el que cada uno tiene que dar lo mejor de sí mismo, la camaradería que se desarrolla cuando

en el trabajo hay unión, y las profundas amistades que resultan, son cosas que no pueden ser explicadas a alguien que no ha sido miembro de un equipo. La explicación no alcanza; tienen que ser experimentadas.

La mayoría de los colegios y universidades adventistas, al menos en Estados Unidos, participan de los torneos intercolegiales. Es porque tanto patrocinadores como participantes creen que los jugadores y sus hinchas o seguidores están recibiendo una experiencia positiva como resultado de esa participación, y que el programa resulta beneficioso para la institución.

Sin embargo, hay numerosos problemas con los deportes así como se practican en muchos ámbitos educativos. No tenemos que tomar como ejemplo para nuestras escuelas el modelo deportivo estándar, con su filosofía que busca “ganar a cualquier precio”, que afirma que “nuestro equipo es el mejor”, que “nadie recuerda al perdedor”, que “hacer trampa está mal solo si eres descubierto”, y las conductas groseras por parte de los espectadores, combinado todo esto con los incentivos y pagos o favores no

éticos a los jugadores –según ciertas prácticas en escuelas secundarias y universidades. Los programas adventistas de deportes tienen que suscribir a un estándar más elevado, o no tienen razón alguna de ser.¹

Como un espejo

Aunque los deportes y competencias no eran habituales cuando las escuelas de iglesia fueron establecidas, en la actualidad se han vuelto usuales. Los miembros de iglesia están influidos por la cultura que los rodea, por lo que no debería sorprendernos que en los países en que existe un “deporte nacional” – fútbol, hockey, béisbol, etc.– los feligreses deseen tener programas de deportes en las escuelas. Aunque afirmamos que queremos que nuestras instituciones educativas sean diferentes de las demás, también queremos que sean como las demás escuelas. ¡Qué gran dicotomía!

El deporte brinda un espejo que refleja las almas de los individuos y las sociedades.²

Platón observó que es posible descubrir más sobre una persona durante una hora de juego que en largas pláticas

WALTER S. HAMERSLOUGH

a lo largo de un año.³ Muchos filósofos del deporte señalan que se trata de una suspensión de la realidad; es decir, con el sonido del silbato se ingresa en otro mundo, y salimos de él una vez que culmina la última jugada.⁴ Por el contrario, yo creo que el deporte es un componente integral de la vida misma. Trabajamos, comemos, compramos, nos recreamos, adoramos y hacemos deportes. Todo esto es parte de la urdimbre de nuestra vida.

Para los cristianos, la fuerza motivadora, la conducta y el lugar que tienen estas cosas en la vida son las mismas. Algunas requieren más energía y evocan más emoción que otras, pero todas deberían estar gobernadas por un principio guía: la vida y el ejemplo de Jesucristo. Si queremos ser quienes decimos ser: adventistas —es decir, los que aguardan el pronto regreso del Señor— nuestras vidas tienen que reflejar esa clara anticipación y deberíamos, con la ayuda del Espíritu Santo, perfeccionar nuestras conductas, de manera que podamos reflejar más plenamente el carácter de Cristo. No creo que cuando llegue el juicio, Dios dirá: “Bueno, esa conducta no cristiana fue tan solo parte de un juego, de manera que no la tendremos en cuenta”. ¡No! Cada acción y pensamiento serán tomados en cuenta. ¿Qué cosas serán reveladas cuando los eventos de nuestra vida queden al descubierto, incluyendo las competencias deportivas? Creo que anhelaremos apretar un botón que borre unas cuantas experiencias en ese ámbito.

La conducta ruda en eventos deportivos está presente en las noticias casi a diario; no podemos dejar de percibirlo. Por ejemplo, en los encuentros de fútbol de diversas partes del mundo se producen disturbios; en los de básquetbol universitario hay violaciones en la contratación de los jugadores; en los juegos de fútbol americano y hockey, hay grandes peleas. Asimismo, incluso los padres agreden a los entrenadores y árbitros, y los jugadores hacen trampa al punto de consumir drogas ilegales para mejorar su desempeño. Afortunadamente, rara vez tenemos episodios similares en el ámbito de nuestros colegios. ¿Deberíamos ufarnos porque en nuestros

eventos deportivos no se producen situaciones de ese tipo?

Preguntas fundamentales

Las preguntas reales que debemos hacernos son aún más esenciales: ¿Qué características debería tener el deporte adventista? ¿Cuáles deberían ser las motivaciones de nuestros programas deportivos? ¿De qué manera deberían llevarse a cabo esos programas? ¿Cuál es su razón de ser? ¿Cómo encajan dentro de la misión de nuestras instituciones educativas?

Aristóteles señaló que el buen carácter consistía en poseer una conducta correcta, tanto en relación con otras personas como con uno mismo.⁵ La conducta virtuosa y el cuidado de otras personas es algo que se aprende y cultiva. La voz profética de la iglesia ha definido el propósito de la educación adventista de esta manera: “Restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, hacerlo volver a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevase a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objetivo de la educación, el gran propósito de la vida”.⁶

¡La mayoría de la gente cree que enseñar álgebra, inglés o educación física es el objeto de la educación! Aunque estas cosas son importantes, como educadores cristianos, nuestra tarea se extiende más allá de asegurarnos tan solo que los estudiantes adquieran destrezas. “En el sentido más elevado, la obra de la educación y la de la redención, son una”.⁷ “La edificación del carácter es la obra más importante que jamás haya sido confiada a los seres humanos [...]. Ninguna generación anterior fue llamada a hacer frente a problemas tan importantes; nunca antes se hallaron los jóvenes frente a peligros tan grandes como los que tienen que arrostrar hoy”.⁸ Estas palabras fueron escritas hace unos cien años pero sin titubeos sabemos que su aplicación es aún más urgente e imperiosa en el presente.

Cooperación en el desarrollo del carácter

Dios ha ordenado tres instituciones primarias para el desarrollo y el fomento del carácter moral: la iglesia, el hogar

y la escuela.⁹ La iglesia dice muy poco respecto al deporte, y más bien aconseja que no participemos de él. Desde mi óptica esta es una postura irreal para el mundo moderno, dado que los eventos deportivos están presentes en todos lados, desde los parques de los pueblos pequeños hasta los inmensos estadios. El deporte es parte de la sociedad; impregna los periódicos, la radio y la televisión. Los adventistas como parte de la sociedad podemos ser espectadores, entusiasmados fanes o jugadores, pero es algo irreal afirmar que deberíamos ser célibes en lo que respecta al deporte.

La segunda institución para el desarrollo del carácter es el hogar. Cuando observo la conducta de los jóvenes, temo que la mayoría de los hogares adventistas ofrecen escasos consejos sobre la conducta moral en los deportes. Al observar a los padres en los encuentros deportivos, o al escucharlos hablar sobre las competencias deportivas, para entonces comparar estas situaciones con la conducta y las enseñanzas de Cristo, a menudo termino preguntándome: ¿Cómo es posible que alguien que está esperando el pronto regreso de Cristo actúe de esa manera? La gente suele decir: “Bueno, está bien porque solo es un juego”. Si es así, estamos en problemas. ¿Quién capacitará y preparará a los jóvenes para una conducta moral en esta área de la vida? Parece ser que la última esperanza de la iglesia para el desarrollo de la conducta moral en los deportes se encuentra en la escuela. Si los docentes fracasan en este sentido, se perpetuarán las mismas y aún peores transgresiones morales. No tenemos que caer en la trampa de decir: “A mí no me pagan para que enseñe a desarrollar el carácter; yo soy tan solo el profesor o entrenador de educación física”.

Expectativas más elevadas

¿Qué deberíamos esperar entonces de los jugadores y espectadores de los eventos deportivos escolares y profesionales? Por supuesto, esperamos que los estudiantes se esfuercen por alcanzar la excelencia. Queremos que nuestros equipos se destaquen con un buen desempeño. Sin embargo, ¿son nuestras sesiones de práctica diferentes

en algún sentido a las que se llevan a cabo en las escuelas públicas? ¿Oramos con nuestros equipos? ¿Tenemos cultos y leemos la Biblia con ellos? ¿Hablamos con nuestros jugadores sobre su relación con Cristo? ¿Les permitimos que sepan que su salvación es más importante que las victorias deportivas? ¿Se percibe que su carácter (y conducta) se va asemejando más al de Cristo? ¿Estamos ayudándolos a que lleguen a ser mejores seres humanos? ¿Podemos decir al final de los torneos que ellos, y nosotros, hemos alcanzado una relación más estrecha con Dios?

¿O por el contrario, caminamos de aquí para allá junto al terreno de juego, gritándoles a los árbitros cuando toman una decisión con la que no concordamos? ¿Será que promovemos el juego fuerte e inducimos a los participantes a jugar al límite de las reglas? ¿Ayudan nuestros jugadores a sus adversarios cuando les va mal? ¿Qué hacemos cuando uno de nuestros jugadores comete una falta flagrante? La conducta de nuestros entrenadores, docentes y atletas, es tal ¿que nos sentiríamos felices de invitar a Cristo para que estuviera presente en los encuentros deportivos de la institución?

¿Y qué podemos decir del público? Por lo general, este es el problema más grande. Por supuesto, queremos que la concurrencia sostenga con entusiasmo a su equipo y pasen un buen momento. No obstante, ¿se produce esto dentro de un marco positivo? ¿Será que los espectadores molestan y arrojan artículos al

campo de juego cuando los otros equipos marcan puntos? ¿O quizá le gritan al árbitro cuando no están de acuerdo con una decisión? ¿Será que responden de una manera despectiva a una acción injusta por parte de los adversarios y que procuran distraerlos cuando están a punto de completar una buena jugada?

Sueño con el momento en que los adversarios y los árbitros puedan decir: “En las instituciones educativas adventistas, las competencias deportivas son diferentes. Los participantes se esfuerzan mucho por jugar de la mejor manera, y tienen buenos modales. Jamás rebajan a sus adversarios; hasta los felicitan cuando hacen jugadas notables. Los espectadores no le gritan a un integrante del equipo contrario y aunque el árbitro tome una decisión equivocada, no lo insultan. Es realmente un placer jugar o ser árbitro en esos encuentros. Son buena gente. Acaso la diferencia radica en la religión que tienen”.

Cómo cambiar las conductas

Es difícil cambiar la conducta de los deportistas y sus animados espectadores. Después de todo, han aprendido ciertas conductas al mirar por años lo que sucede en los eventos televisados.

Se necesita un equipo dedicado de entrenadores, un director de deportes comprometido, y una administración que de manera continua trabajen juntos para producir cambios. Los cultos estudiantiles, las charlas devocionales, los artículos en el periódico estudiantil pueden brindar recordatorios del ideal al

que se aspira. Pero es necesario agregar supervisión durante los juegos, para que nos hagan recordar cómo comportarnos cuando lo olvidamos. El proceso se llama: ¡Educación!

He tenido la responsabilidad de atenuar los ruidos inaceptables de los espectadores en el gimnasio de nuestra institución. No es una tarea popular o agradable; en realidad, la detesto. Sin embargo, detesto aún más las malas conductas. En ocasiones me he preguntado si estoy viviendo en un mundo de fantasía en relación con mi convicción sobre la conducta que debería existir en los deportes cristianos. ¿Es realmente posible esperar esa clase de conducta? En ocasiones en que expliqué lo que creo que debería ser, mucha gente me ha dicho: “Bueno, así es como se juega al básquetbol; no se puede cambiar eso”. Si no es posible esperar una conducta cristiana cortés de parte de los jugadores, entrenadores y espectadores, entonces la única opción que nos queda es eliminar los programas de competencias deportivas de nuestras instituciones educativas. Si estas no contribuyen al desarrollo del carácter y a la preparación de los estudiantes y espectadores para el pronto regreso de Cristo, entonces no tienen lugar alguno en nuestras instituciones. No son nada más que una de las herramientas que usa Satanás para distraernos de nuestra misión.

En todas nuestras actividades deportivas es necesario que nos hagamos la siguiente pregunta: “¿Puede estar presente Cristo en este lugar? ¿Puede ser esta una experiencia positiva y de crecimiento para la comunidad?” Cada institución tendrá que examinar esta situación con detenimiento.

La Asociación de Salud, Recreación, y Educación Física Adventista (SDA-HPERA) apoya la inclusión de actividades deportivas en las instituciones educativas de la iglesia. Dado que los deportes ocupan un lugar tan prominente en nuestro mundo, tenemos la responsabilidad de examinar su función y de educar a los jóvenes sobre cuál es el lugar apropiado de los deportes en nuestra vida. ¡Qué responsabilidad asombrosa!

La SDA-HPERA, en su documento

Preguntas significativas relacionadas con los programas deportivos:

- ¿Se manifiesta el espíritu de Cristo en nuestros juegos?
- ¿Es glorificado Dios por medio de esta actividad y mis acciones?
- ¿Qué impresiones estamos dejando en nuestros jugadores, en la familia de la institución educativa y en la comunidad, así también como en los adversarios?
- ¿Ven los demás a nuestros jugadores y espectadores como personas que representan a Cristo, o los ven con un espíritu de antagonismo, lucha, enojo, maledicencia y sentimiento de superioridad propia?
- ¿Marcan las actividades deportivas de la institución educativa una diferencia positiva en las vidas de los jóvenes?
- ¿Contribuyen estos programas para el progreso de la misión de la institución?

titulado Pautas para las actividades deportivas en las instituciones adventistas¹⁰ ha articulado lo que esta organización profesional considera que debería ser un programa atlético o deportivo en una institución adventista. No creamos que es inevitable que nuestros eventos sean similares a lo que sucede en los encuentros públicos. Los siguientes párrafos han sido extraídos del documento mencionado, con el propósito de brindar un resumen de los pensamientos y principios que allí se incluyen.

“Hay un modelo cristiano de los deportes, y no habremos cumplido totalmente la misión de la Iglesia Adventista a menos que enseñemos este modelo a los administradores, jugadores, padres y espectadores” (p. 2).

“El deporte puede resultar en una experiencia de crecimiento, maduración y realización personal. Sin embargo, la ética cristiana tiene que controlarlo. Tenemos la responsabilidad de ayudar a desarrollar caracteres nobles en los estudiantes, de educar sus mentes, y de motivar el espíritu para que mejoren la sociedad al aplicar los valores centrales a situaciones de la vida real. Es mucho más importante desarrollar toda la persona que ganar algo en comparación tan insignificante como es un encuentro deportivo. El valor más grande del deporte puede ser hallado en su capacidad de mejorar el carácter y elevar la ética de los participantes y espectadores” (p. 2).

“El mandato de las instituciones educativas adventistas es educar a toda la persona en los ámbitos académico, espiritual, físico y social [...]. Una educación completa contribuye a que uno llegue a ser más plenamente humano, y más capaz de integrar los principios religiosos a la vida [...]. No existe una dicotomía entre lo secular y lo sagrado”.

“Ejecutar un instrumento musical, reparar un automóvil, participar de un juego o predicar un sermón son todas actividades religiosas. Dios no nos pide tan solo que lo honremos en sábado, sino que reflejemos cada día su imagen en todo lo que hagamos” (p. 2).

“Deberíamos entretejer los principios bíblicos en todo lo que decimos y hacemos. Es necesario que cooperemos con Dios en nuestras actividades deportivas,

Código de caballerosidad deportiva de la Universidad de La Sierra¹¹ (Para entrenadores, jugadores y espectadores)

- En la Universidad de La Sierra, consideramos que todos los adversarios deportivos son huéspedes invitados, y los tratamos con la cortesía con que se debe tratar a los amigos y visitas.
- Mostramos respeto por los árbitros y sus decisiones. No silbamos ni abucheamos a un jugador, ni tampoco a un árbitro.
- Aplaudimos a los adversarios que hacen buenas jugadas o dan muestras de caballerosidad deportiva.
- No pronunciamos expresiones abusivas o irritantes desde el costado del campo de juego, como así tampoco de las graderías.
- Buscamos el triunfo mediante medios justos y legales, según el espíritu de las reglas. No tratamos de poner nervioso a un contrincante, como por ejemplo, cuando un jugador se está preparando para ejecutar un tiro libre.
- Seguimos la Regla de Oro.
- Pedimos a todos los jugadores y sus admiradores que durante el evento den lo mejor de sí de manera de cumplir con este código de caballerosidad deportiva.

¡Muchas gracias!

así también como en nuestras acciones de trabajo cristiano” (p. 3).

“Un deportista cristiano debería ser el de mejor conducta, por el hecho de ser cristiano. Aunque los cristianos no necesariamente tienen un mejor desempeño o ganan más encuentros deportivos, están motivados por diferentes principios y se aproximan a esas actividades en forma diferente que los no cristianos. Un cristiano debería ser más fiel al espíritu del deporte, y al cumplimiento de su esencia” (p. 3).

“El espectador cristiano debería también ser mejor que los demás. Los cristianos deberían ser diferentes que los espectadores o seguidores típicos. Deberían relacionarse con los adversarios y árbitros de la misma manera en que quieren ser tratados. Las instituciones cristianas incluyen los deportes con el objetivo de ayudar a que sus graduados participen mejor en la cultura de la sociedad mientras al mismo tiempo honran a Dios” (p. 3).

Declaración de misión

“La misión del programa deportivo es proporcionar un marco en el que los estudiantes puedan experimentar el gozo del movimiento mediante el medio deportivo en un ambiente adventista del

séptimo día y cristocéntrico, al participar en actividades que promuevan el desarrollo de toda la persona, en sus ámbitos físico, mental, espiritual, emocional y social” (p. 3).

Maestros entrenadores

“El éxito de todo el programa deportivo se basa en la selección apropiada de maestros entrenadores que estén calificados y sean dedicados y comprometidos. Por sobre todo, el maestro entrenador tiene que ser una persona que valore y apoye la filosofía de la organización que moldea a los deportistas jóvenes, de manera que lleguen a ser jugadores que imiten a Cristo en el campo deportivo y fuera de él. Los entrenadores tienen que enseñar a los jugadores tanto por precepto como por ejemplo, y necesitan convencerlos de que la filosofía de ganar a cualquier precio o de sacrificar los principios no es algo honorable o deseable” (p. 5).

Las Pautas tienen secciones relacionadas con (1) administración: el reclutamiento de jugadores, los viajes en sábado, y los reglamentos del programa deportivo; (2) maestros entrenadores: calificaciones, responsabilidades y conducta; (3) estudiantes deportistas: las expectativas de conducta tanto en el

campo de juego como fuera de él, y las oportunidades de crecimiento espiritual; (4) espectadores: el código de conducta y la educación; (5) hospitalidad para el equipo visitante; y (6) evaluación del programa.

Shirl Hoffman, profesor emérito de la Universidad de Carolina del Norte, ha escrito un artículo excelente en el que analiza los pasos que pueden dar los cristianos para cambiar el enfoque que tienen hacia los deportes. Uno de sus párrafos dice: “Si el deporte que practican los cristianos ha de tener un sello distintivo —en especial en los deportes patrocinados por las instituciones cristianas— no puede ser tan solo un deporte bien practicado o jugado sin violaciones flagrantes del código deportivo. Será un deporte estructurado en forma creativa, y desarrollado específicamente con el propósito de expresar el gozo de la fe”.¹²

Se ha dicho que la caballerosidad deportiva es un viaje antes que un destino. De la misma manera, nuestra labor en una institución educativa cristiana es la de ayudar a que los estudiantes progresen en su travesía de la experiencia espiritual. En primer lugar, necesitamos tener una relación personal con Dios. Tenemos que estar estrechamente conectados con la Fuente, para entonces ser los modelos apropiados y promover una conducta semejante a la de Cristo.

Una evaluación de lo que es importante

El fin de todas las cosas está cerca. Cristo muy pronto volverá. Necesitamos pensar en ello, necesitamos orar por ello, necesitamos prepararnos para ese momento. “No hay nada que el mundo necesite tanto como la manifestación del amor del Salvador por medio de seres humanos. Todo el cielo está esperando a los hombres y a las mujeres por medio de los cuales pueda Dios revelar el poder del cristianismo”.¹³ Todo lo que hacemos queda registrado en el cielo. En el juicio tendremos que dar cuenta de todas nuestras palabras y acciones. Cuando llegue ese momento, ¿será importante que tengamos el récord de victorias o que hayamos ganado el campeonato de la liga? ¿Le preguntará Dios sobre estas cosas cuando llegue el juicio? Creo que

no. Por el contrario, le preguntará: “¿Ha logrado llevar a sus jugadores a una relación más cercana conmigo? ¿Les ha enseñado cómo ser seguidores del Maestro?”

Sí, existe una filosofía adventista del deporte. Es única, rigurosa y difícil de seguir. Sin embargo, para crear el clima apropiado en nuestras instituciones educativas, es obligatorio que la sigamos. Las Pautas tienen que ser estudiadas y seguidas junto con el estudio diligente de la Palabra de Dios y los consejos de su mensajera, mientras tratamos de alcanzar una comprensión más profunda de cuál es nuestra función para apresurar el regreso de Cristo.

Es mi oración que los responsables —profesores, entrenadores— brinden liderazgo en la tarea de ayudar a reflejar a Cristo y su amor por medio de nuestros programas deportivos.



Walter S. Hamerslough, Ed.D., es profesor emérito de Ciencias de la Salud y el Ejercicio en la Universidad de La Sierra (California, Estados Unidos). Ha enseñado en

todos los niveles, desde el primario al universitario, y ha sido director del Departamento de Ciencias de la Salud y el Ejercicio de la mencionada universidad. Es autor de muchos artículos y conocido orador en convenciones y conferencias. El doctor Hamerslough fue fundador, primer presidente y, durante 17 años, director ejecutivo de la Asociación Adventista de Salud, Recreación y Educación Física. Escribe desde Lafayette (Colorado, Estados Unidos).

NOTAS Y REFERENCIAS

1. Aunque la iglesia proclamó, en su folleto de 24 páginas de amplia circulación titulado *Pautas para las actividades con elementos de competencia* (1976), que los adventistas del séptimo día se oponen a un programa organizado de deportes intercolegiales en sus escuelas, instituciones e iglesias, estos eventos intercolegiales han existido al menos desde comienzos de la década de 1960. A medida que los deportes intercolegiales alcanzaban mayor difusión, la Asociación de Salud, Recreación y Educación Física Adventistas (SDA-HPERA) pidió a los líderes de la iglesia que estudien el tema

para: (1) determinar si con pautas cuidadosamente articuladas e instauración de controles, los deportes intercolegiales podían ser aceptados por la iglesia; o (2) desarrollar un reglamento que prohibiera los deportes intercolegiales y establecer medios para implementar el cumplimiento de ese reglamento. Dos comisiones (la Comisión sobre la Función de los Deportes Intercolegiales en los Colegios Secundarios y Superiores Adventistas de la División Norteamericana, y una comisión internacional) votaron reafirmar las *Pautas* de 1976 y elevarlas al nivel de reglamento, pero incluyeron una declaración que permitía excepciones para que las instituciones educativas participaran en los deportes intercolegiales. La Junta Directiva de la Asociación General aceptó la primera recomendación de las comisiones pero rechazó la declaración de excepción y recomendó que no se permitieran los deportes intercolegiales en las instituciones educativas adventistas. Esta recomendación se convirtió en reglamento en el Concilio Anual de 1989. Hasta la fecha y, sobre la base de mi extensa participación en la SDA-HPERA, no tengo conocimiento de que alguna institución educativa haya abandonado su programa de deportes intercolegiales como resultado de las directivas de la Asociación General.

2. James A. Mathisen, “From Civil Religion to Folk Religion: The Case of American Sport”, en *Sport and Religion*, Shirl J. Hoffman, ed. (Champaign, Il.: Human Kinetics Books, 1992), pp. 17-32.

3. <http://quotations.about.com/cs/inspirationquotes/a/play1.htm>. Consultado el 4 de octubre de 2009.

4. Kenneth L. Schmitz, “Sport and Play: Suspension of the Ordinary”, en *Philosophic Inquiry in Sport*, William J. Morgan and Klaus V. Meier, eds. (Champaign, Il.: Human Kinetics Books, 1988), pp. 29-38.

5. Louise B. Loomis, ed., *Aristotle: On Man in the Universe* (Roslyn, Nueva York: Walter J. Black, 1943), pp. 84, 85.

6. Elena White, *La educación* (Buenos Aires, Argentina: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974) p. 13.

7. *Ibid.*, p. 27.

8. *Ibid.*, p. 221.

9. Peter J. Arnold, “Sport, Moral Development, and the Role of the Teacher: Implications for Research and Moral Education”, *Quest* 53:2 (Mayo 2001):135-150.

10. Guidelines for Athletics in Seventh-day Adventist Institutions (Seventh-day Adventist Health, Physical Education, Recreation Association, 2003): <http://www.lasierra.edu/fileadmin/documents/healthES/SDAHPERA/Guidelines>

forSDAAthleticsFeb2004Circle.pdf. Consultado el 8 de septiembre de 2011.

11. Cortesía de la Universidad de La Sierra, Riverside (California, Estados Unidos).

12. Shirl J. Hoffman, “Sports Fanatics”, *Christianity Today* 54:2 (Febrero 2010):24.

13. Elena White, *Los hechos de los apóstoles* (Mountain View, California: Pacific Press Publishing Assoc., 1977) p. 479.